



THOMAS FRANK

¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de los Estados Unidos

Traducción de Mireya Hernández Pozuelo, Acuarela Libros/Antonio Machado Libros, Madrid, 2008, 460 pp. (What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America, Metropolitan Books, 2004)

Thomas Frank rastrea en este libro las claves de un fenómeno relativamente reciente en la política estadounidense: la victoria del Partido Republicano en la América profunda, en los más deprimidos de los Estados Unidos. Aquellos estados que tradicionalmente se caracterizaban por contener iniciativas y movimientos de sesgo obrerista, se decantaron por un partido que históricamente ha sido el de los poderosos y que se caracteriza por una política económica neoliberal que acaba por perjudicar los intereses de estos estados más pobres.

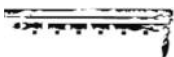
Frank, sorprendido ante una actitud tan contraria a los propios intereses del electorado, centra su investigación en su estado natal, Kansas, epicentro de la revuelta populista conservadora, mediante un análisis histórico y periodístico que se nutre de abundante documentación y trabajo de campo en forma de entrevistas con diferentes protagonistas del “contragolpe”, como él define esta “revolución conservadora”.

En Kansas se ha producido en los últimos años una guerra en el seno del Partido Republicano, entre republicanos moderados y ultraconservadores. Si bien en Kansas el republicanismo forma parte de la identidad del estado, no siempre ha sido de carácter ultraconservador. A pesar de ser un lugar tradicionalmente religioso, Frank afirma que no se puede

hablar de una derecha religiosa en Kansas hasta los años noventa; es en 1991 cuando los republicanos ultraconservadores comienzan a convertirse en la facción dominante del estado, empujados por un creciente movimiento antiabortista, caracterizado por protestas y manifestaciones públicas que permitieron que se fuera forjando una “cultura del movimiento”. El movimiento ultraconservador percibió la fuerza que tenía y comenzó a reclutar candidatos entre los antiabortistas, y desde medios de comunicación propios, convocó a las urnas a una masa crítica de cristianos fundamentalistas. Así, el partido republicano vio engrosadas sus filas por un movimiento ultraconservador populista que acabó por hacerse con el poder dentro del partido.

A pesar de que los ultraconservadores se han hecho con el poder estatal en Kansas, no han conseguido introducir las modificaciones legislativas por las que sus votantes clamaban. No han conseguido frenar el aborto ni dejar el evolucionismo fuera de la educación. Para Frank, “todas las cuestiones en que hacen hincapié parece que se han elegido precisamente porque no pueden resolverse con la aplicación sensata del poder del estado”. Según Frank, la división entre republicanos moderados y republicanos ultraconservadores en Kansas es una cuestión de lucha de clases; así, las zonas con menor renta per cápita, más proletarias, dan su apoyo a la facción ultraconservadora del partido republicano, mientras que las zonas con mayores ingresos son leales al aparato moderado. Los republicanos moderados, si bien apoyan las políticas económicas de los ultraconservadores, basadas en la reducción de los impuestos y en el desmantelamiento de las entidades reguladoras republicanas, son, sin embargo, partidarios de los derechos de los homosexuales, de la libertad de elección en el aborto y de la separación entre Iglesia y Estado. En Kansas, el republicanismo moderado es de clase alta y está considerado por el republicanismo ultraconservador una traición a los verdaderos valores estadounidenses. Kansas es un estado “donde los héroes de clase trabajadora son todavía más republicanos que sus jefes” y los republicanos moderados desprecian a los trabajadores de “religiones estafalarias” que conforman el ala ultraconservadora del partido republicano. De hecho, a pesar de que los criterios económicos de los moderados son muy conservadores, cumplen, si tenemos en cuenta las características culturales, con el estereotipo de la elite demócrata progresista, que tanta aversión provoca en los ultraconservadores. “En Kansas hay republicanos moderados que beben chardonnay..., que insisten en tomar café al estilo europeo, pan integral y bombones de gama alta.” Pero para Frank esa gente no es progresista, se trata de empresarios, que si bien adoptan valores avanzados en cuestiones morales, no se debe más que a la lógica del sistema capitalista, y que como empresarios son los principales beneficiarios de la lucha de clases que protesta furiosamente contra ellos. A pesar de que los ultraconservadores critican a los ricos y poderosos, las políticas de liberalización y privatización que promueven sólo sirven para hacer que los moderados sean más ricos y más poderosos. En opinión de Frank, los estadounidenses han sufrido una insurrección populista que sólo beneficia a la gente contra la que supuestamente va dirigida: los republicanos moderados ganan hasta cuando pierden.

Los ultraconservadores insisten en que la clase, en realidad no está relacionada con el dinero o el nacimiento de uno, ni siquiera con la profesión, sino que se trata de una cuestión de autenticidad, es decir con la identificación con lo que los ultraconservadores piensan que son los verdaderos valores americanos. Los teóricos del Contragolpe sostienen que la cultura, la educación y el gobierno estadounidenses están controlados por una clase dirigente excesivamente educada que desprecia las creencias y costumbres de las masas. Para los ultraconservado-



LIBROS



THOMAS FRANK
¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de los Estados Unidos

res, gracias al control total sobre la cultura del país, los progresistas están en el poder se vote o no a sus políticos, ejerciendo su opresión sobre la mayoría ultraconservadora.

La cruzada ultraconservadora se caracteriza por dejar de lado los propios intereses materiales para centrarse en reivindicaciones culturales que se consideran de suma importancia pero que no se pueden satisfacer; los conservadores “alzan sus voces para alabar a Cristo, pero emiten su voto para glorificar al César”. La lucha por los valores, por el patriotismo, y por el modo adecuado de rendir culto a Dios, ha sido un fracaso absoluto. En cuanto a la guerra de valores, el Contragolpe nació derrotado, precisamente porque el propio sistema económico que defiende es el que genera la falta de valores que los ultraconservadores atacan. Los ultraconservadores se caracterizan por una indignación constante y una queja incesante, acusando al progresismo de todos los males que aquejan al mundo actual.

Para Frank hay, por parte de los ultraconservadores, una eliminación sistemática de lo económico en su retórica. Se trata de negar el fundamento económico de las clases sociales para así poder alimentar una lucha de valores de clase. Para Frank, la visión que tiene el Contragolpe de la vida es una anticuada visión izquierdista del mundo de la que se ha suprimido la economía. Los antiguos análisis izquierdistas en los que las instituciones están controladas por el capitalismo, se aplican ahora a una visión del mundo en la que el sistema judicial, la política exterior o los medios de comunicación están dominados por el progresismo.

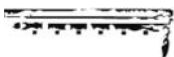
En la filosofía ultraconservadora, la cultura dominante es producto de las manipulaciones constantes de los progresistas, soslayando que la cultura es, en gran medida, producto del pensamiento empresarial. La ley del mercado es el motivo de que la televisión ridiculice los valores familiares o promueva conductas desviadas. El capitalismo de nuevo cuño rinde culto a la novedad y la creatividad, por lo que ha convertido la contracultura en algo comercial y propicio para los negocios. Por otra parte, esa misma cultura promovida por el capitalismo, no deja sitio para la gente corriente de clase trabajadora, “los sujetos contra los que nos advierten la publicidad, las comedias televisivas y el cine. Son el predicador puritano que prohíbe bailar, el marido zoquete que consume una marca ordinaria, el padre racista que pega a sus hijos, el cowboy convencional que es acibillado a balazos por el cowboy alternativo, la vida familiar represiva de la que se supone que queremos escapar o el obrero

de la construcción que simplemente no se entera de nada”.

Por otra parte, el Partido Demócrata ha ido abandonando su papel de tradicional defensor de la clase obrera. La famosa política de “triangulación” de la administración Clinton que intentaba crear una estrategia política por encima de izquierda y derecha, reduciendo al mínimo las diferencias entre republicanos y demócratas en asuntos económicos, representa el final de la lucha de clases del progresismo. La alianza de demócratas y republicanos en la cuestión del libre comercio sólo deja asuntos sociales y culturales para distinguir a unos de otros: el aborto, las armas o el Estado en sí.

Los analistas progresistas atribuyen al racismo el hecho de que los estados republicanos trabajen de forma incansable en contra de sus propios intereses. Para Frank, sin embargo, el origen del éxito republicano en Kansas no tiene nada que ver con sentimientos racistas: “Ante la decisión del Tribunal Supremo de 2003 que defendía el derecho a que la raza se tuviera en cuenta en las solicitudes de acceso a la universidad, la lista de correo electrónico de los conservadores de Kansas no tuvo nada que decir. Cuando el tribunal derogó las leyes sobre la sodomía pocos días después, la lista estalló en indignación”. Frank afirma que el movimiento conservador de Kansas destaca precisamente por su tolerancia en materia racial. De hecho los republicanos de Kansas se enorgullecen del pasado mítico del Estado, fundado por abolicionistas y que se caracterizó por su lucha contra aquellos que defendían la esclavitud en el siglo XIX. Los ultraconservadores van más allá e intentan establecer paralelismos entre la actividad abolicionista de sus antepasados y su actual cruzada contra el aborto. Al fin y al cabo, ambos movimientos “giran en torno a definiciones controvertidas del ser humano..., se basan en poderosas creencias religiosas y se posicionan de forma inflexible en contra de lo que perciben como el mal absoluto; ambos cuentan con partidarios violentos en los extremos, y por supuesto ambos son fieles al Partido Republicano”. Para Frank, los actuales ultraconservadores quieren ser identificados con aquellos abolicionistas religiosos que portaban la Biblia en una mano y el rifle en la otra (“para los conservadores no hay lugar a dudas: Dios, coraje y armas ha sido siempre y será la combinación que hace de Estados Unidos un país grande”) para defender el derecho a la libertad del ser humano; los guerreros antiabortistas adoptan el papel de los antiesclavistas, y al igual que sus antepasados son perseguidos por sus opiniones. Frank opina que los ultraconservadores también guardan paralelismos con los pro-esclavistas que surgieron en el XIX en Kansas; al igual que los ultraconservadores actuales, los antiguos proesclavistas de Kansas también clamaban contra los intelectuales y snobs del Este, ensalzaban la rudeza del hombre del campo, la importancia de portar armas, etc. Pero sobre todo, en una zona en la que apenas había esclavos, luchaban por un sistema donde sus oportunidades económicas eran puramente ilusorias; “en el fondo luchaban por la clase adinerada de plantadores del Sur, de igual forma que el seguidor del Contragolpe actual abraza una política que sólo conseguirá que su jefe sea aún más rico”. Los abolicionistas del XIX eran lo que hoy se asocia con los estados demócratas: sofisticados bebedores de té, anglosajones, universitarios, la clase de gente de la que se burlan actualmente los medios de comunicación ultraconservadores. Los pro-esclavistas, por otra parte se aferraban obstinadamente a su imagen de republicanos: humildes, ordinarios, anti-Este y anti-élite.

El Contragolpe se caracteriza también por su anti-intelectualismo. Un anti-intelectualismo que para Frank data de los años 30, cuando, en plena crisis económica, Roosevelt puso la economía en manos de profesores universitarios que diseñaron el New Deal, lo cual fue considerado por la comunidad empresarial de la época como una intromisión inexcusable y arro-



LIBROS



THOMAS FRANK
¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de los Estados Unidos

gante en los derechos de la propiedad privada. Este anti-intelectualismo se reforzó en los años 50 con el mccarthysmo, que acusaba a los intelectuales de traicionar el capitalismo, mientras que la clase trabajadora defendía el estilo de vida estadounidense. El anti-intelectualismo lleva a los republicanos actuales a hacer lo que “lo que los liberales hacían hace más de un siglo y medio: adoptar acentos rurales, contarle al mundo cómo se educaron en una cabaña de madera y encolerizarse contra las elites eruditas. (Hasta George W. Bush, de la promoción de Yale del 68, se ha quejado de cómo los del Este miran a sus compinches de Tejas con sumo desprecio.)”. Los ultraconservadores desprecian las selectas universidades del Este, las cuales consideran, más que una fuente de conocimiento, el paraíso de lo políticamente correcto

También existe en el Contragolpe una poderosa sospecha de que la especialización profesional está asociada a la izquierda histórica; la ley que aprobó el aborto en Estados Unidos, tras el caso *Roe vs Wade*, anuló cualquier debate sobre la interrupción del embarazo, de forma unilateral, cimentando un estereotipo del progresismo “como la doctrina de un minúsculo círculo de expertos, una perversa conjura de médicos y abogados, burócratas y especialistas, que introducían sus ‘reformas’ por orden judicial en lugar de por consenso democrático”. Para los ultraconservadores, los progresistas estaban inmiscuyéndose en un tema tan delicado como la misma definición de la vida humana, imponiendo sus ideas expertas a un mundo al que no le está permitido contestar.

El ejercicio de anti-intelectualismo más flagrante llevado a cabo por los ultraconservadores es la cruzada contra el evolucionismo. Para Frank, se trata más de una táctica para conseguir votos que de un verdadero compromiso con las tesis contrarias al darwinismo, una forma más de causar revuelo cultural y generar una confrontación con la clase científica, situando la arrogancia de los intelectuales como verdadero problema. Los conservadores se colocan como víctimas de la intolerancia de la clase intelectual y científica, de su odio irracional hacia “la gente de fe”, y se convierten así en algo semejante a cualquiera de las clases habitualmente discriminadas, como “la gente de color”.

Frank divide a los ultraconservadores de Kansas en dos grandes grupos: los verdaderos creyentes, gente corriente que se ha pasado a la derecha por la tiranía de los abogados y los apátridas de Harvard o por la expulsión de Dios del espacio público; y los oportunistas, políticos profesionales, abogados, antiguos estudiantes de Harvard que han descubierto un

atajo, en la emergencia de la derecha, para materializar sus ambiciones. Los jóvenes republicanos de Kansas, conscientes de que los anticuados moderados no logran sintonizar con la tendencia nacional derechista, se han hecho todos ultraconservadores, aunque muchos provengan de Harvard. Frank considera un milagro la ceguera de las bases conservadoras ante la falta de sinceridad de sus líderes: aristócratas que van de proletarios, falsa religiosidad, hazañas de guerra inventadas, etc.

El Contragolpe ofrece también una forma general de entender el bombardeo de la cultura de masas. Para los ultraconservadores, el estereotipo del progresista es el de un ser arrogante, exquisito, moderno y todopoderoso; un estereotipo, para Frank, alejado de una realidad en la que los progresistas suelen ser gente, por lo general empobrecida, sin influencia en la política norteamericana, y que en absoluto hablan en nombre de los ricos y poderosos. Sin embargo, si atendemos a la visión de la realidad que ofrecen los medios de comunicación, “salen estrellas de cine que van a fiestas benéficas para causas como los derechos de los animales y los *desfavorecidos*. Cantantes que fueron famosos en los setenta expresan con su mejor traje de gala su preocupación por estas o aquellas víctimas. Famosos segundones de televisión le dicen al mundo que deje de decir cosas malas sobre la gente con sobrepeso o los discapacitados”. El progresismo se convierte entonces en una cuestión de apariencia superficial y de vacía superioridad moral; “es arrogante y condescendiente, un tipo de política en la que los guapos y bien nacidos le dicen a la plebe pisoteada y mal vestida cómo tienen que comportarse, lo que tienen que hacer para dejar de ser racistas y homófobos, lo que tienen que hacer para ser gente mejor”. En un país donde los principales elementos que forman el pensamiento de la gente son el cine y la televisión, se llega fácilmente a la conclusión de que el mundo está dominado por los progresistas.

El movimiento ultraconservador vende la idea de ser el único disidente, el único movimiento que acoge a “los no sofisticados, a los que no saben vestir a la moda, a los devotos, a la gente que es el hazmerreír de los productos que dominan el mundo del entretenimiento”. El Contragolpe se configura como el sempiterno alter-ego de la industria de la cultura, aunque al mismo tiempo la imita, proporcionando un universo paralelo que contiene “los mismos atractivos pseudoespirituales que la cultura dominante: autenticidad, rebelión, nobleza de las víctimas, incluso individualidad”. Aunque la similitud más importante entre la cultura comercial y el movimiento ultraconservador es que ambos se niegan a analizar el capitalismo de forma crítica.

Por otra parte, Frank afirma que hay que reconocer que el progresismo también ha cometido errores que han permitido el ascenso de los ultraconservadores. El Partido Demócrata ha ido apostando cada vez más por los grupos de profesiones liberales, más ricos y progresistas, y olvidando a los votantes de clase trabajadora; los grupos empresariales, de los que se puede recaudar dinero para financiar las campañas, son otro de los objetivos de los demócratas. De esta manera, los “nuevos demócratas” se mantienen inflexibles ante temas como el aborto, mientras que no dudan en hacer concesiones en cuestiones económicas, descartando la guerra de clases y esforzándose en conectar con los intereses empresariales, “al igual que los conservadores, quitan la economía del menú”. Para Frank, la tendencia del Partido Demócrata es de desplazamiento a la derecha, diferenciándose cada vez menos de los republicanos moderados y abandonando por el camino aquello que identificaba a los progresistas: la búsqueda de la igualdad y la seguridad económica.

Juan Soler Llácer